

REVISTA DE
ESTUDIOS
EXTREMEÑOS



separata

EUSEBIO MEDINA

Historias de La Raya, II: Testimonios de José Morato, pp. 389-412
alias Florindo, contrabandista del Pino y de José
Carvalho Belinho, contrabandista de Montinho

año 2025
n.º 2

ISSN: 0210-2854

Centro de Estudios Extremeños
Diputación de Badajoz

REVISTA DE
ESTUDIOS
EXTREMEÑOS

histórica, literaria y artística *fundada en 1927*



REVISTA DE
ESTUDIOS
EXTREMEÑOS

año 2025
n.º 2

Centro de Estudios Extremeños
Diputación de Badajoz

Presidenta de la Diputación de Badajoz
Raquel del Puerto Carrasco

**Diputado de Identidad Cultural, Deporte y Juventud,
Bienestar Social y Cooperación Internacional**
Ricardo Cabezas Martín

**Director del Área de Identidad Cultural, Deporte y Juventud,
Bienestar Social y Cooperación Internacional**
Manuel Candalija Valle

Centro de Estudios Extremeños
Sara Espina Hidalgo

Director de la *Revista de Estudios Extremeños*
Luis Sáez Delgado

Secretario de la *Revista de Estudios Extremeños*
José Sarmiento Pérez

La Revista del Centro de Estudios Extremeños, fundada en 1927

Editada por el Centro de Estudios Extremeños
C. Godofredo Ortega y Muñoz, n.º 2 | 06011 Badajoz | t. 924 245091 | reex@dip-badajoz.es

Las viñetas que ilustran este número son obra de la artista Amanda Baeza ©

© de los textos: los autores
© de las fotografías: los autores

Diseño y maquetación
David Fernández Fernández

Corrección de textos
Miranda Ceballos Scoponi, Alos Soluciones Lingüísticas

Impresa en la Imprenta Provincial de la Diputación de Badajoz, en papel ecológico Mondi-Bro Top 3

Compuesta en tipografía Minion Pro (Robert Slimbach, 2000)

El precio de venta de este ejemplar es de 10€
Se publican dos números al año cuyo importe de suscripción es de 15€

ISSN: 0210-2854
Deposito Legal: BA-14-1958

Consejo Asesor [académica]

José M.^a Álvarez Martínez

Doctor en Filología Clásica · Académico de la R. Academia de Extremadura de las Letras y las Artes

Ángel Bernal Estévez

Doctor en Historia Medieval

José Enrique Campillo Álvarez

Catedrático de Fisiología, Univ. de Extremadura · Académico de la Ac. de Medicina de Extremadura

Juan M.^a Carrasco González

Catedrático de Lengua y Literatura Portuguesas, Univ. de Extremadura

Moisés Cayetano Rosado

Doctor en Geografía e Historia

Feliciano Correa Gamero

Doctor en Historia · Académico de la R. Academia de Extremadura de las Letras y las Artes

Laura Covarsí Zafrilla

Historiadora y conservadora del patrimonio fotográfico · Fotógrafa

Rafael España Fuentes

Doctor en Geografía e Historia

M.^a José Flores Requejo

Catedrática de Lingüística Española, Univ. de L'Aquila (Italia)

Jesús J. de la Gándara Martín

Doctor en Psiquiatría · Escritor · Académico de la R. Academia de Medicina

Román Hernández Nieves

Doctor en Historia del Arte

Felipe Lorenzana de la Puente

Doctor en Historia Moderna

José Antonio Llera Ruiz

Profesor de Literatura Española, Univ. Autónoma de Madrid

Pedro Martín Baños

Doctor en Filología · Investigador asociado, Univ. Autónoma de Barcelona

Ana Beatriz Mateos Rodríguez

Profesora de Geografía Física, Univ. de Extremadura

Guadalupe Nieto Caballero

Profesora de Literatura Española, Univ. de Extremadura

Antonio Pérez Díaz

Profesor de Análisis Geográfico, Univ. de Extremadura

Isabel M.^a Pérez González

Historiadora · Ensayista

Ángeles Ramiro Gutiérrez

Abogada

César Rina Simón

Profesor de Historia Contemporánea, UNED

Antonio Salvador Plans

Catedrático de Lengua Española, Univ. de Extremadura

José Sarmiento Pérez

Doctor en Historia

Francisco Vázquez Pardo

Doctor en Biología · Coordinador de Proyectos de Investigación en CICYTEX

Manuel Simón Viola Morato

Doctor en Filología Hispánica

Consejo de Redacción [contemporánea]

Josefa Cortés Morillo

Historiadora del Arte de Arte del Museo Vostell Malpartida

M.^a Jesús Manzanares Serrano

Artista plástica · Profesora de secundaria

Antonio Reseco González

Escritor · Traductor

Juan Ramón Santos Delgado

Escritor · Gestor cultural

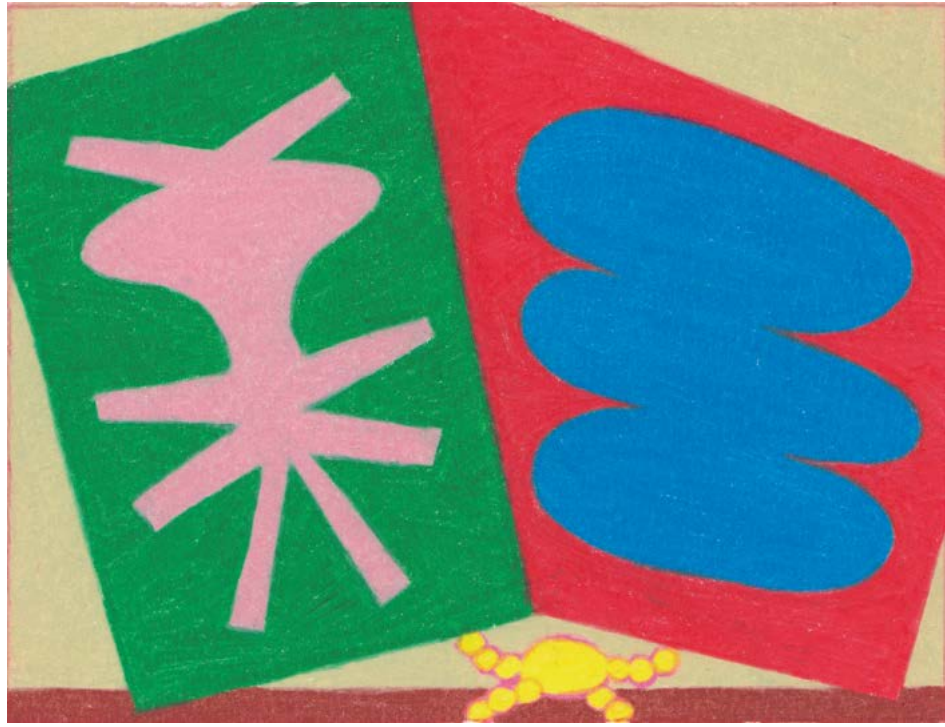
sumario

[académica] 13

Un testimonio singular y poco conocido del ciclo épico cortesiano: El <i>Cortesijs nondum absolutus</i> de Giovanni Baptista Marieni CÉSAR CHAPARRO GÓMEZ	15
Un <i>Abrazo de san Joaquín y santa Ana</i> de escuela toledana (primer tercio del siglo XVI) en una colección privada de Torremenga (Cáceres): estudio iconográfico y estilístico TOMÁS SÁENZ DE HARO	49
El sepulcro figurativo en Extremadura desde el Concilio de Trento hasta el siglo XVIII AGUSTÍN JAVIER CASTAÑO FERNÁNDEZ	63
Juan de Chaves, frustrado fundador de Gracias a Dios. Regidor y encomendero de Santiago de Guatemala ALEJANDRO MARCO CERRO GARCÍA	151
Presencia e influencia del linaje de la Cueva en la Iglesia: un análisis de su papel desde los siglos XV al XIX CARLOS MEJÍAS GALLARDO	183
Testamentos en el archivo catedralicio de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz MANUEL RUIZ DURÁN	213
Comunalismo agrario en Holguera (1753-1859). Modelo económico y sociedad campesina JULIÁN CLEMENTE RAMOS	235
Las explotaciones ganaderas del monasterio de Guadalupe (1765-1784). La cabaña merina trashumante (I) JOSÉ CAMACHO CABELLO	293
Pan y Guerra. Los suministros al ejército de Extremadura (1808-1809) y la tradición panadero-harinera de Valdefuentes JOSÉ ANTONIO PÉREZ RUBIO	335

- 347 Las epidemias de Cólera de 1834 y 1855 en Burguillos del Cerro
ANTONIO CARRETERO MELO
- 363 Román Armando Pajuelo Carballo. Pintor, decorador y mueblista (1879-1952)
ROMÁN HERNÁNDEZ NIEVES
- 389 Historias de La Raya, II: Testimonios de José Morato, alias Florindo,
contrabandista del Pino y de José Carvalho Belinho, contrabandista de Montinho
EUSEBIO MEDINA
- 413 Juan Copete: el teatro como compromiso y la poética de la acotación
JOSEFA PINAR MATOS
- 435 [contemporánea]
- 437 Instruções para ensinar a poesia a dançar
MAFALDA VEIGA
- 439 Adrenalina
FILIPA LEAL
- 457 El espacio y la emoción: Portugal en la literatura
extremeña de los siglos XX y XXI
M.^a JESÚS FERNÁNDEZ GARCÍA
- 483 Fronteras de papel, puentes que acortan distancias.
Una conversación ibérica con Antonio Sáez Delgado
CÉSAR RINA SIMÓN
- 493 Nos queda Portugal. Aventuras sonoras lusas en el Museo Vostell Malpartida
ALBERTO FLORES
- 511 ¿Qué sería de la ciudad de Elvas, con sus innumerables turistas exigentes, sin
un museo de arte contemporáneo? *Una conversación con António Cachola*
MARTÍN CARRASCO
- 535 Mecanismos de uma beleza subtil. *Sobre Amanda Baeza, ilustradora*
PEDRO MOURA
- 557 [efímera]
- 559 *Adrenalina* JUAN RAMÓN SANTOS
- 561 *Peor que pedir* SANDRA BENITO FERNÁNDEZ

<i>Condición partisana</i> ÁLVARO VALVERDE	563
<i>La imitación</i> GONZALO HIDALGO BAYAL	565
<i>La amistad aplazada</i> ENRIQUE GARCÍA FUENTES	567
<i>Cuadernos del país en calma</i> MARINO GONZÁLEZ MONTERO	570
<i>El buen lugar</i> ANTONIO RESECO	573
<i>Extravíos</i> FERNANDO DE LAS HERAS	575
<i>Palabras</i> ÁNGEL BORREGUERO	577
<i>El cuaderno de hule negro (Relatos)</i> DIONISIO LÓPEZ	579
<i>Los poblados de los Saltos de Torrejón el Rubio (Cáceres) en la cuenca del Tajo M.^a</i> JESÚS MANZANARES SERRANO	581
<i>De los hombres sin tierra a la tierra sin hombres</i> ANTONIO MAQUEDA FLORES	582
<i>Meditaciones del lugar. Antología poética (1989-2018)</i> JUAN RAMÓN SANTOS	585
<i>Poetas extremeños del siglo XXI. Los últimos del Oeste. [Una poética inexistente]</i> LUIS SÁEZ DELGADO	587
<i>III Jornadas de Historia Militar de Extremadura</i> MOISÉS CAYETANO ROSADO	589
<i>Poemas Selectos</i> CARLOS SAN JUAN	591
<i>en el bosque</i> LA POCA LUZ. <i>Poemas a Plasencia</i> VICTORIA OTERO VAUGHAN	593
<i>El legado artístico de Juan de Ribera en Cáceres</i> FÉLIX PINERO	595
<i>Juntar las letras. La alfabetización en el campo: del afán de saber a la autogestión</i> EUSEBIO MEDINA GARCÍA	597
<i>Treinta y ocho bis</i> LUCÍA ROMÁN	599
Colaboradores en contemporánea y efímera	601
Normas	609
Suscripciones	617



Historias de La Raya, ^{*} II: ^{**} Testimonios de José Morato, alias Florindo, contrabandista del Pino y de José Carvalho Belinho, contrabandista de Montinho

EUSEBIO MEDINA
Universidad de Extremadura
emedina@unex.es

RESUMEN

En este trabajo presentamos dos relatos de los últimos contrabandistas que ejercieron dicha actividad durante la segunda mitad del siglo xx, en la zona transfronteriza de la Campiña de Valencia de Alcántara (España) y las sierras de São Julião y Montinho, distrito de Portalegre (Portugal). Los entrevistados son coetáneos, contemporáneos y nacidos en el mismo contexto, pero en diferentes lados de la frontera; por ello, sus relatos son acordes y complementarios, evidenciando el carácter transfronterizo del fenómeno y su rápida evolución en el tiempo. La metodología empleada en su elaboración es de corte etnográfico, y la entrevista enfocada es el principal instrumento de recogida de información utilizado. El contenido de las entrevistas ha sido transcrito literalmente y sometido, posteriormente, a un proceso de depuración, reelaboración y reorganización, preservando las singulares formas de expresión de los entrevistados y su original aliento apresado en las palabras.

PALABRAS CLAVE: relato enfocado, contrabando tradicional, frontera interior, España, Portugal.

[*] Nombre vulgar con el que se denomina a la frontera entre España y Portugal desde antiguo.

[**] «Historias de La Raya: Antonia la Lirina y Joaquim José Ramalho, alias “el lagarto”» se publicó en el n.º 3 del año 2006 de la *Revista de Estudios Extremeños*.

Recepción
25.02.2025

Aceptación
30.05.2025

Stories from La Raya (II): Testimonies of José Morato, alias Florindo, smuggler from Pino, and José Carvalho Belinho, smuggler from Montinho

EUSEBIO MEDINA
Universidad de Extremadura
emedina@unex.es

ABSTRACT

In this paper we present two accounts of the last smugglers who carried out this activity during the second half of the 20th century, in the cross-border area of the Valencia de Alcántara countryside (Spain) and the mountains of São Julião and Montinho, Portalegre district (Portugal). The interviewees are contemporaries and were born in the same context, but on different sides of the border; therefore, their accounts are consistent and complementary, evidencing the cross-border nature of the phenomenon and its rapid evolution over time. The methodology used in its elaboration is of an ethnographic nature, with the focused interview being the main instrument used to gather information. The content of the interviews has been transcribed literally and subsequently subjected to a process of purification, reworking and reorganization, preserving the interviewees' unique forms of expression and their original breath captured in the words.

KEYWORDS: *focused narrative, traditional smuggling, internal border, Spain, Portugal.*

PREFACIO

La práctica del contrabando tradicional en la frontera interior entre Extremadura y Portugal emerge, en casi todos los casos, como una salida obligada ante situaciones de penuria material, falta de trabajo y desamparo institucional. Esta opción se vio favorecida por la existencia de una frontera extensa, alejada, vigilada y subdesarrollada (Pintado y Barrenechea, 1972), cuyas diferencias y complementariedades incitaban a su transgresión (Uriarte, 1994). La cercanía de la frontera ofrecía a los naturales (rayanos) más oportunidades para la práctica del contrabando que a los habitantes del interior. La acuciante escasez de alimentos en España, durante la postguerra, junto con las sustanciales diferencias de precios y de calidad en numerosos productos favorecían el contrabando (Medina, 2001). La propia frontera proporcionaba refugio y amparo a los contrabandistas profesionales y a otros perseguidos por la justicia, acostumbrados y en muchos casos obligados a vivir al margen de la ley (Godinho, 2011). La transgresión de la frontera está implícita en su misma constitución: una vez creada la barrera esta puede ser, al fin, traspasada. La transgresión conforma, según Uriarte (1994), uno de los aspectos fundamentales de la «cultura de frontera». La sistemática transgresión política (refugiados), económica (contrabando), demográfica (matrimonios mixtos, migraciones), lingüística (lusismos, portuñol, bilingüismo) y cultural (chamanismo, cosmovisión) es, según Uriarte, la condición necesaria para establecer la relación complementaria que requiere la cultura transfronteriza. Dicha cultura estaría caracterizada por «una fluida permeabilidad sociocultural que estructura una fuerte interdependencia simétrica, asentada sobre relaciones de complementariedad e interdependencia» (Uriarte, 1994).

Actualmente disponemos de numerosas aproximaciones sobre el fenómeno del contrabando en la frontera de España con Portugal desde varias perspectivas: histórica, geográfica, etnográfica, sociológica... La mayor parte de ellas comparten algunos puntos en común, tales como: la profundidad histórica del fenómeno y su estrecha vinculación con la existencia de la frontera (Hinojosa Montalvo, 1998;

Medina, 1998; Melón, 1999) y con el modo de vida tradicional, característico de las poblaciones rayanas. Como decíamos, Uriarte (1994) considera el contrabando como parte del «paradigma de la transgresión», y uno de sus principales tipos es la transgresión económica. Medina (1998, 2001, 2003, 2009) argumenta por su parte que el contrabando es un fenómeno plural, ambiguo y paradójico, ligado a la emergencia de los Estados centralizados y acomodado a las variables circunstancias políticas, geográficas e históricas, que se asentó sobre un complejo sistema de relaciones y conformó, en determinados enclaves de la frontera, una peculiar forma de vida. Godinho (1995) y otras autoras más recientes (Fonseca y Freire, 2009) sostienen que el contrabando constituye una forma cotidiana de resistencia y un recurso económico, más o menos importante, para la reproducción de las unidades domésticas, integrado en el marco de las teorías de James Scott (1985) sobre las «formas cotidianas de resistencia» y de Thompson (1995) sobre la «economía moral del campesinado». Valcuende y Cáceres (2009) defienden que el contrabando está sustentado por un conjunto de relaciones transfronterizas que trasciende el ámbito de la propia frontera y presenta un carácter diferencial, adaptativo, en función de los diferentes contextos y coyunturas, que se ve influido por variables tales como la estructura de propiedad de la tierra, el género, la existencia o no de puestos de aduanas y la posición social de los contrabandistas. Para Simões (2009) el contrabando es, al mismo tiempo, una forma de contestación y oposición al poder del Estado y un mecanismo de contención de conflictos sociales potenciales; mientras que para Lanero (2009) el contrabando conforma un «círculo vicioso» que refuerza o profundiza la estratificación social, con la anuencia e incluso con la implicación del Estado (Cabanas, 2006; Rovisco, 2009). Algunos autores consideran al contrabando como un importante elemento identitario (Valcuende, 1998; Valcuende y Cáceres, 2009; Cunha, 2006), como recurso narrativo, turístico o patrimonial (Cunha, 2009; Silva, 2009; Rovisco, 2011; Godinho, 2011), mientras que para otros es el «hijo bastardo de la Raya» (Ballesteros Doncel, 1975), una profesión honrada (Cabanas, 2006; Melón, 1999) y una extinta forma de vida y de moralidad vinculada a la frontera (Valcuende y Cáceres, 2009).

El contrabando en la frontera de España con Portugal es ambiguo y paradójico, como la misma frontera (Lisón Tolosana, 1994; Medina, 2001). Esa ambigüedad posibilita la articulación de diferentes interpretaciones sobre su contenido y naturaleza. El contrabando era y es considerado como una actividad ilegal por las autoridades, quienes sentían y sienten la obligación de erradicarlo, mientras que para la mayoría de los rayanos el contrabando era una más de las ocupaciones tradicionales en la frontera, sin las connotaciones peyorativas que los representantes del poder han procurado siempre atribuirle. Esta aparente contradicción se resuelve cuando contemplamos el fenómeno como la manifestación de un conflicto ancestral entre dos cosmovisiones opuestas y enfrentadas que reflejan el modelo comunitario, en retroceso, frente al avance del Estado. A pesar de su legitimación por las comunidades fronterizas, dicha aceptación no siempre produjo solidaridad entre sus miembros. La solidaridad-insolidaridad, el recelo y el conflicto discurren parejos e indisolubles del mundo del contrabando tradicional en la Raya, originando

situaciones insólitas: contrabandistas que robaban la mercancía a otros contrabandistas, contrabandistas que se hicieron guardias, guardias y contrabandistas jugando partidas de naipes en las tabernas, guardias que pernoctaban en las casas de los contrabandistas, contrabandistas que abastecían de café a los cuarteles...; que conformaban su peculiar carácter. El contrabando tradicional presenta, además, un carácter acomodaticio respecto a las variables circunstancias locales, adaptándose a los diversos condicionantes y particularidades de cada zona, de manera que cada localidad presenta sus peculiaridades, sus rasgos distintivos en relación con el contrabando que allí se practicaba; a pesar de ello, el contrabando tradicional en la frontera interior se levanta sobre un fondo de mismidad, presentando una estructura organizativa y discursiva similar, muy parecida. También podemos diferenciar entre el contrabando profesional, organizado generalmente en cuadrillas de contrabandistas, muy difíciles de detectar por los cuerpos de vigilancia y del resguardo en la frontera, del contrabando no profesional que se realizaba de manera esporádica y ocasional. Por otra parte, el contrabando practicado por los hombres difería considerablemente del que realizaban las mujeres. Las mujeres desempeñaban generalmente funciones relacionadas con la venta y la distribución de las mercancías, mientras que los hombres se ocupaban, más bien, de la compra en los lugares de origen y del transporte hasta los puntos de venta al por menor; no obstante, hubo mujeres que fueron a buscar cargas de contrabando a Portugal, igual que lo hacían los mochileros y cargueros.

Las historias particulares que se presenta a continuación, singulares y únicas, reflejan contextos y condicionamientos más amplios y dibujan su evolución en el tiempo; muestran, además, la existencia de un complejo haz de relaciones entre comunidades rayanas que comparten un espacio geográfico transfronterizo. Un espacio real y simbólico configurado por las experiencias personales, por relaciones de vecindad y de parentesco, por grupos de edad y género, por la propia frontera, el miedo, la necesidad, la represión y la práctica persistente del contrabando.

En numerosas localidades fronterizas los contrabandistas eran numerosos y tendían a vivir agrupados. En estos enclaves se generó una subcultura del contrabando con su particular atmósfera vital. Una vez que el contrabando se asumía como actividad regular, esta conllevaba, en gran medida, la adopción de una determinada forma de vida, incluso cierta manera de ser. El contrabandista profesional presenta en muchos casos una personalidad singular, forjada en parte por sus características psicológicas, pero también por las exigencias y la naturaleza de la propia actividad delictiva, por el sistema de relaciones que implicaba, por la fidelidad a los valores del grupo social de pertenencia; no obstante, los hábitos y las costumbres de la mayor parte de los contrabandistas eran similares a las del hombre o la mujer corrientes de la comunidad a la que pertenecían.

Desde mediados de los años setenta del pasado siglo, el contrabando tradicional se fue transformando en otro tipo de contrabando más ajustado a la realidad que imponían los nuevos tiempos y se extinguió a finales del siglo xx, tras la integración de España y Portugal en la Unión Europea (1986), tras el levantamiento de las barreras aduaneras y el subsiguiente abandono de esta actividad por los últimos

patrones y mochileros contrabandistas de la frontera. El contrabando tradicional en la frontera de España con Portugal ya no existe. Dicho fenómeno ha sucumbido ante los envites del Estado y los sucesivos procesos de integración supranacionales. Actualmente, la frontera interior entre Extremadura y Portugal es una frontera fantasma y aquel contrabando ancestral, practicado durante siglos e integrado en la economía, en las costumbres y en la vida cotidiana de las poblaciones rayanas se ha desvanecido del todo. Por ello, considero un deber inexcusable dejar constancia y dar a conocer los testimonios de la «gente corriente» como los que aquí se muestran, porque la historia de los desheredados, de los excluidos de la historia oficial constituye la esencia de la Memoria Social de la Raya.

El relato que presentamos a continuación constituye uno de los testimonios más elocuentes sobre toda una vida dedicada al contrabando tradicional en las regiones interiores de la frontera entre España y Portugal. Su protagonista, José Morato, alias *Florindo*, nació y vivió en el Pino, una alquería fronteriza ubicada en la Campiña de Valencia de Alcántara, frente a la Sierra Fría¹ y las Casas de la Duda.² Florindo dedicó al *contrabando tradicional*³ la mayor parte de su vida profesional, y ejerció, durante muchos años, como *guía*⁴ de *cuadrillas de contrabandistas*⁵ en esta parte de la frontera. Conoció los tiempos de su mayor auge, durante las respectivas autarquías autoritarias española y portuguesa y los de su declive. Abandonó definitivamente esa actividad a mediados de los años noventa del pasado siglo xx, años después de que se dismantelaron los controles aduaneros entre España y Portugal y cuando el contrabando tradicional dejó de ser una actividad rentable en la frontera. Su historia refleja, por tanto, las postrimerías del contrabando tradicional en la frontera interior, la de sus últimos destellos y la de su ocaso. Este testimonio es también la historia de una pasión, de un anhelo en el que se refleja la simbiosis natural y el compromiso tácito entre un hombre y su contexto. Nacer, vivir, morir en la frontera y trabajar, siempre trabajar, trabajar mucho desde muy chico, aun sin tener edad para ello. La práctica del contrabando como actividad habitual, como principal medio para ganarse la vida va conformando, poco a poco, unos hábitos, una manera de ser, una forma de vida que no anula, sino que fortalece la identidad y la sociabilidad de los sujetos involucrados.

El contrabando y la frontera emergen aquí como metáforas de un mundo dividido, convulso y en constante proceso de transformación en el que prevalecen,

[1] Elevación montuosa de casi mil metros de altitud en su punto más elevado, dividida en dos por la misma línea de frontera.

[2] Diseminado de casas aisladas, ubicadas en el mismo límite fronterizo.

[3] Entendemos por *contrabando tradicional* aquel que se ha venido practicando en la frontera luso-española, desde tiempo remotos, entre las comunidades fronterizas asentadas a uno y otro lado de dicha frontera y cuyos productos (mercancías) eran fundamentalmente comestibles.

[4] El *guía*, *encargado* o *cortador* era el responsable de dirigir a la cuadrilla, campo a través, hacia los lugares de destino o venta de las mercancías de contrabando. Generalmente iba al frente, ocupando el primer lugar en la hilera de contrabandistas.

[5] Estructura organizacional de carácter informal y flexible de grupos de contrabandistas que atravesaban la frontera y se desplazaban por el territorio, generalmente de noche y a pie, cargados con mercancías de contrabando.

cada vez más, los intereses económicos globales sobre las prácticas tradicionales, en regresión, de las comunidades locales fronterizas. Nuestro protagonista fue el último contrabandista activo en esta parte de la frontera interior. Abandonó definitivamente dicha actividad a mediados de los años noventa del pasado siglo xx; para entonces, en poco más de cincuenta años, el contrabando tradicional en la frontera de España con Portugal pasó de ser un recurso económico muy importante y una fuente de interacciones y de solidaridad comunitaria a una rémora de otros tiempos: el reflejo de un pasado duro e incierto que tiende paulatinamente a idealizarse; porque, a pesar de los pesares, fue su tiempo, el que por haberlo vivido le pertenece. José *Florindo* murió entre los suyos a principios del verano de 2017, pero sus silbidos alertadores continúan resonando por las laderas de la Sierra Fría. Sus amigos contrabandistas de este y del otro lado de la *Raya* todavía le lloran. Esta publicación es una humilde contribución para preservar honestamente su memoria.

ENTREVISTA A JOSÉ MORATO, ALIAS FLORINDO

Fecha. 28 de julio de 2011
Entrevistado. José Morato Márquez, alias
Florindo
Edad del entrevistado. 77 años
Lugar de la entrevista. El Pino (Valencia de
Alcántara, España)
Entrevistador. Eusebio Medina



A mí me llaman *Florindo*; es un mote que viene de la parte de mi madre. Mi bisabuelo era tartamudo, se llamaba Florencio, pero cuando lo pronunciaba no le salía su nombre, le salía más bien *Florindo*; así que le pusieron *Florindo* y ahí se quedó. Eso me contaron mis tíos.

Mi padre y mi abuelo eran contrabandistas. Mi abuelo se crio en *la Duda*,⁶ ahí se crio; descendía de Montinho.⁷ Yo nací en el Pino el uno de octubre de mil novecientos treinta y cuatro; tenía dos añinos cuando estalló la Guerra Civil.⁸ Todavía me acuerdo del maestro que había aquí y de la escuela; yo no iba a la escuela, pero me acuerdo de los muchachos cantando el «Cara al Sol...». Todavía me acuerdo de eso.

Cuando metí mano al contrabando tendría yo doce años o así y lo dejé en el año sesenta y siete (1967), cuando empecé a trabajar en las repoblaciones de la Sierra Fría; aunque no lo dejaba del todo, ¿no comprendes? En cuanto tenía una

Fig. 1. José Morato, Florindo.
Fotografía del
autor, 2011

[6] En las *Casas de la Duda*. Ver nota n.º 3.

[7] Freguesia (entidad local menor) portuguesa del distrito de Portalegre (Portugal).

[8] Se refiere a la Guerra Civil Española (1936-1939).

vacante, siempre había unas cosinas por ahí para contrabandear: que si cacao, que si ajos... ¡Contrabandesco! Una migaja de contrabando. Empecé con mi padre y unos tíos míos; yo era un chavalillo pequeño. Me acuerdo todavía de la primera vez que fui a llevar café, llevaba doce kilos de café, iba con mis tíos y con mi padre y... Me puse entre unos canchos a descansar y cuando dijeron: «¡Vámonos!», salí detrás de ellos, pero sin la carga y sin nada; ni me acordaba de que tenía que llevar carga ¡Ja, ja, ja...! ¡Es lo que pasa! Tuve que ir para atrás a buscarla. ¡Qué cosas! Con aquella edad yo lo que tenía que estar haciendo era jugar y dormir de noche y, sin embargo, mira... ¡Cuántas veces me acuerdo yo de aquello! Íbamos a llevar unas mochilinas ahí, para San Vicente de Alcántara; ese fue uno de los pueblos donde más café se gastó en todos estos alrededores. Los portugueses se acabaron casando muchos allí, en San Vicente.

Yo me casé con una portuguesa. Cuando mi mujer vino para el Pino tenía solo nueve años; por aquel entonces ya andaba yo guardando cabras en una finca, tenía unas ovejinas; luego trabajé de mochilero. Nos juntábamos pandillas de ocho, diez, doce y de hasta veinte hombres; delante iba siempre un manijero, un encargado; él tenía que ir explorando el camino. Con el tiempo esas cosas fueron pasando y yo aprendí todas esas *chuscas*,⁹ de manera que, tirara por donde tirara, siempre iba a salir al sitio bueno. Los mismos compañeros me decían muchas veces que cómo había aprendido. Yo no he tenido mala cabeza, pasaba una vez por un sitio y me quedaba con la cosa grabada, ¿no comprendes? Y así vas tanteando el terreno, te vas dando cuenta y al final ya sale uno de jefe. Al principio yo no era jefe, pero luego ya sí; aunque me gustó siempre andar más bien solo que en compañía. Me gustó mucho andar solo, siempre, y fue así como gané perritas por ahí. En aquellos tiempos cogías una mochilita de veinticinco o treinta kilos, la llevabas adonde quiera que fuera y defendías un buen jornalito, ¿no comprendes? En aquellos tiempos, comer, comías, con el contrabando.

Entonces la sangre tenía mucha fuerza y miedo, gracias a Dios, nunca tuve. A mí me gustaba, ¡aquello era bonito! Los silbidos en la noche... ¡Me gustaba! Yo sueño muchas veces con aquello; para mí era bonito. Tenías toda la fuerza esa, en la sangre, ¿no comprendes? Lo que más echo de menos es la juventud, aquella juventud que se pasó bien porque siempre tenías cinco duritos para gastar y eras el rey de la carretera.

Había aquí uno, ¡pobrecito!, que ahora está en Gerona; lo veías mustio, mustio, parecía que no tenía ni salud, pero si le dabas cinco duros..., ¡toma!, enseguida se metía a cantar, ¡pero rápido! Es verdad, cuando jóvenes íbamos mucho de juerga, éramos muy juerguistas; nos tirábamos, entre mochilas a las costillas, bailes y *chusca*, hasta un mes sin dormir en casa. Aquí había dos salones de baile; en las Huertas había baile, en las Casiñas había baile, en San Pedro, en la Fontañera...; en todos estos pueblecitos había baile. Era una vida muy divertida. Como había buenas mozas aquí, en el Pino, era uno de los sitios donde acudía mucha gente siempre. En aquel tiempo nos llegábamos a juntar entre veinticinco y treinta mozos

[9] Picardías.

y medio mozos; luego llegaba la noche y ¡todos al café! Eran muy raros los que no iban al café, a lo mejor tres o cuatro que iban por ahí con la *yuntina*¹⁰ a labrar, a recoger castañas, aceitunas...; esos, para largo, no querían ir nunca al contrabando, pero si era por aquí cerca, un ratito por aquí cerca de la frontera, entonces también iban. ¡Pobrecitos! Eran cinco duros, pero cinco duros en aquellos tiempos tenían mucho valor.

Aquí todos nos dedicábamos al contrabando. Había un cabo de la guardia civil que decía que no se fiaba ni del cura y con razón, pues el cura de aquí también se dedicó al contrabando. A mí me solicitó para que trabajara con él cuando mandaron los americanos la leche aquella para los pobres, para los necesitados de los pueblos. Y con el aceite también...; el cura aquel se dedicó a pasarlo para Portugal. ¡Anda! Por ahí, por Jola lo pasaba.

Nos juntábamos en las tabernas, aquí, en el Pino, había dos por aquel entonces. Jugábamos mucho a las cartas: al tute, al dominó...; también jugábamos con los guardias. Los guardias por regla general jugaban al dominó, ¿no comprendes? Era curioso, nos llevábamos muy bien. Yo tenía unos pocos guardias que eran amigos míos, después llegaba la noche y cada uno se iba por su lado, cada uno a lo suyo. Ellos no sabían por dónde pasábamos nosotros, eso no lo sabían; por eso te digo que muchas veces tenías que tener cuidado con los que iban y estabas siempre *esquivao*,¹¹ porque siempre había alguno que despuntaba y estaba aquella cosa de la reserva, porque se *palrruchaba*...¹² y cuando desconfiabas de alguien tenías que andar cortándole los pasos, ¿no comprendes?

La ruta a seguir siempre la decidía yo; ahí no podía hacerme caso de nadie. Unas veces pasábamos por Puerto Roque, más allá de la caseta de vigilancia y otras, cuando cargábamos por Sobrete, tirábamos por la Codosera. Íbamos a Aliseda, a Cáceres, a Torremocha, a Torrequemada..., andando, campo a través; por eso le digo que aquello era duro, muy duro. Tenías que subir y pasar por lo alto de la Sierra Fría, luego bajar, luego volver a subir por aquí... y de aquí a San Vicente. Fíjate tú la de paredes, canchos y mal piso que hay campo a través. ¡Era muy duro! Teníamos nuestros sitios para descansar en el campo; en tiempo de invierno, en alguna finca, nos quedábamos en pajares algunas veces; en la Barquera¹³ tenían el cobertizo de los labradores, allí nos metíamos mucho. Una vez fuimos a refugiarnos en un pajar y nos estaban esperando los guardias...; así que lo que hacíamos era dejar las cargas a cien o doscientos metros y luego íbamos a explorar el sitio, por si acaso; si estaban allí, recogíamos el cargamento otra vez y... ¡Aire!

[10] Diminutivo de *yunta*: par de animales de labranza unidos por un yugo.

[11] En alerta.

[12] Hablaba demasiado; se iba de la lengua.

[13] Finca ubicada en el término municipal de Alburquerque (Badajoz).



Fig 2. Panorámica
de la Raya.
Fotografía del
autor, 2008

Había ocho o diez pasos de la frontera que eran muy señalados y cuando ibas con toda esa gente tenías que procurar no meterte por aquel mismo sitio la próxima vez, porque desconfiabas más o menos. El paso de los puertos era peligroso; el paso del río también era peligroso; ahí viví yo situaciones muy apretadas. En el río Salor, los puentes eran también muy peligrosos: el puente de la vía y el de la carretera; cuando iba el río crecido estaban ellos allí, guardando los puentes. Las fuentes en tiempo de verano y los pozos también eran puntos muy peligrosos; tenías que dejar las cargas para atrás y nos íbamos dos o tres descargados, a explorar. Como de noche no se veía, si te echaban el alto, como no tenías nada que perder, te volvías para atrás, recogías la carga y te ibas a pasar por otro sitio cualquiera.

Se sufrió mucho aquí; aquello del contrabando era duro, duro, duro... ¡Era muy duro! No eran todos los que lo resistían. ¡Cuántos, muchas veces, iban y no volvían más! Lo principal era no tener miedo. Tenías que elegir bien a los hombres porque a veces llevabas contigo a una *zurraspa*^[14] que todavía no habían salido los guardias y ya había tirado la carga. Cuando te hacen una faena de esas lo das en quedar para atrás, ¿no comprendes? O sea que, si yo te meto a ti a trabajarme la huerta y no me das rendimiento, la próxima vez, si hay otro, meto a otro y no te meto a ti, y allí pues pasaba igual. Ahora bien, cuando veías que se resistían con la *carga*^[15] muchachos nuevos que metía detrás de mí, yo mismo los defendía y les daba en animar, en animar... y nos escapábamos muchas veces así, con un veterano que

[14] Figurativo: impurezas, posos o suciedad de un líquido.

[15] Mochila cargada con productos de contrabando, generalmente con café.

fuera al lado de los nuevos para animarlos, porque si no los animabas... ¡Pobrecitos! ¿Qué hacían? Pues que tiraban la carga y se venían a casa.

Se pasó cacao, se pasó comino, se pasaron ajos... pero aquí lo principal fue el café. El café fue siempre lo nuestro. Lo traían desde Campomayor a las tiendas de Montiño, de San Julián, a lo de Juan...;¹⁶ porque Juan tenía un almacén en su casa y ahí íbamos nosotros a cargar muchas veces. Luego había puntos de entrega; cuando llegábamos a un sitio dejábamos la mercancía en una casa particular, por ejemplo, luego íbamos a decírselo al comprador y él ya se encargaba de recogerla. Era como un revendedor que luego se dedicaba a repartirlo. Por regla general lo vendíamos todo junto. Yo le cobraba al comprador y luego le daba a cada *mochilero*¹⁷ su parte. A mí me propusieron pasar portugueses para llevarlos a Francia, pero no quise. Pagaban buenas perras por aquel entonces, pero yo nunca lo intenté. Uno del Pino se dedicaba a eso y los arreglaba enseguida; estuvo en Portugal de guardia en una prisión. Ya murió ese hombre. Algunos se caían y se hacían daño por esas sierras, luego decían que si los mataban..., eso es lo que decían. Cogieron muy mala fama.

Nosotros no llevábamos armas, pero los guardias sí. Mataron a un chavalito al pie de Aliseda en el año cuarenta y nueve (1949); nos echaron el alto, la guardia civil, tiraron más de veinte tiros... El muchachito aquel veinte años tenía, cuatro años más que yo; por aquel entonces todavía iba yo con mi padre y con unos tíos míos. En el setenta y dos (1972) mataron a otro que se llamaba Vicente. ¡Pobrecito! Yo le conocía mucho; era amigo mío, el Vicente. Estábamos trabajando los dos en el pantano de Cedillo; según dicen, lo mataron porque el muchacho no había oído. Iba en bicicleta, llevaba dos kilos de café en el bolso de la merienda, ¡dos kilos de café! Dicen que no oyó el alto de la guardia civil, dicen... no sé... No se paró y por eso le pegaron un tiro. El muchacho era muy humilde y hubiera parado. Yo conocía al padre también.

A mí me cogieron una vez porque tuve miedo de huirles. Estaba con un hermano mío que era más joven que yo, con mi padre, mi suegro, mi tío y otros muchachones y nos cogieron contando la carga dentro de casa; entraron por la puerta, con la pistola en la mano y nos dieron el alto: «¡Alto ahí!» Éramos siete y los siete caímos allí, con las cargas.

Salirnos al paso, nos han salido muchísimas veces. En el tren mismamente me han intentado avasallar a mí. Siempre iba una pareja de escolta y siempre molestando, siempre. Yo una vez salté del tren en marcha. Querían que me bajara en la estación de Herrerueta. *Chahcho*... ya me cabrearon y les dije: «¡Pero si tengo billete hasta Valencia de Alcántara! ¿Por qué me voy a bajar en Herrerueta?» Y antes de que llegáramos a San Vicente les dije: «Voy al servicio». Uno de ellos se vino detrás de mí; cuando llegué a la puerta le pegué un manotazo y salté del tren. El guardia me cogió por la chaqueta y se quedó con la chaqueta en la mano. Venía

[16] Se refiere a Juan de los Brezos, patrón de mochileros portugués residente en Montiño (Portugal).

[17] *Mochilero, carguero o porteador*: contrabandista que transportaba a hombros mochilas de contrabando que generalmente no le pertenecían a cambio de un salario previamente convenido con el propietario o patrón.

un hermano mío en el tren y al ver que yo me había tirado se puso a gritar: «¡Se ha matado! ¡Se ha matado!» Desde fuera yo le sentía decir eso; luego mi hermano se fue hacia el guardia, le quitó mi chaqueta y me la tiró por la ventanilla. Me dijo: «¡Ahí va la chaqueta!»

¡Hacían unas *judiás*!¹⁸ Aunque te causaban molestias procurabas no enfrentarte con ellos o lo menos posible, ¿no comprendes? La estación de Arroyo de la Luz era terrible; allí siempre ibas *entripao*.¹⁹ Cada vez que tenías que ir a sacar billete o cualquier cosa, ¡aquello era...! Los guardias civiles eran peores que los guardiñas. Una vez veníamos de vuelta, por la parte de Aliseda, habíamos entregado ya las cargas a los de Albalá. Esa vez venía un cuñado mío conmigo y le dije: «Vamos a coger el tren en la estación de Herrerruela». Cuando llegamos a la estación fui a la taquilla a sacar los billetes y había allí un guardia de Valencia de Alcántara, cuando pedí los billetes salió el guardia a preguntar por los que iban para Valencia de Alcántara y le dije a mi cuñado: «¡Vámonos de aquí...! ¡Enseguida!» Porque, aunque no te hicieran nada, te metían al cuartel para averiguarte, preguntarte... Te hacían tanta pregunta y tanta ostia... Y te retenían. Así que muchas veces te pegabas una *hinchá* de andar por no tener eso con ellos. No sé si habrá muerto el guardia ese, hace tiempo que no le veo.



Fig 3: Puesto fiscal fronterizo abandonado. La Rabaza española. Fotografía del autor, 2008

[18] Acciones deshonestas, perjudiciales e injustas.

[19] Disgustado, pasando un mal rato.

En el primer viaje que di, ya recién casado, me cogieron en la puerta del cementerio de Cáceres. No me cogieron a mí sino a la carga porque tuve que tirársela. Aquella noche estaba lloviendo y estaban parados los guardias civiles debajo del alto de la puerta del cementerio, allí estaban. Yo pegué un *chiflio*²⁰ a los otros y solo cogieron la mía; fue un guardia que era de aquí. Nosotros estábamos llevando el café por cuenta de Juan a un viejo que vivía en el barrio de San Blas, en Cáceres, allí le estábamos llevando el café; el hombrito aquel pagaba muy bien, era un hombre muy serio: Juan Cabrera se llamaba. Mi cuñado se conchabó con el viejete aquel; le dejaba el café al precio que le costaba a él en Portugal y llevaban aquello entre los dos, pagaban los portes y los gastos que hubiera y luego se repartían las ganancias; eso hizo, en ese tiempo todavía no era mi cuñado.

Una vez fui a Sierra de Fuentes con un hombre que había estado refugiado en Portugal cuando la Guerra y luego se metió a *jefe* y me metió a mí de *guía*. Fui con él a Sierra de Fuentes y me dio setecientas cincuenta pesetas; tuve que quedarme allí dos o tres días hasta que vendimos el café a unos arrieros. Ese hombre luego se fue para Madrid y nunca más lo he vuelto a ver; ya habrá muerto. Otra vez fuimos a cargar a Alegrete y se me perdió un muchachito de la Ribera de Arronches. Tuve que esconder mi carga y volver a la tienda donde habíamos cogido el café. El muchacho había vuelto allí con la carga; al día siguiente salimos los dos juntos, recogimos mi carga cerca de la Codosera y... ¡Hala! Yo delante y él detrás: pim pam, pim pam... Al otro día por la mañana estábamos en Aliseda; nos reunimos allí con mi hermano, el que se metió a guardia civil, y con el resto de la pandilla para entregar las cargas a los de Albalá.

Los de Albalá eran unos granujas, pero luego, cuando cogías confianza...; uno de Albalá estuvo en la boda mía, con nosotros se portó muy bien; el *Viejina* le llamaban; estuvimos muchos años trabajando los dos. Venía por cuenta de un tal Benito que era el que aportaba el *parné*,²¹ ¿no me entiendes? Los otros tenían sus caballos y venían por su cuenta; luego había otros más jóvenes, ¡malta nueva!, con los que tenías que tener cuidado. De Arroyomolinos también venían.

Peleas no había en las cuadrillas; las peleas eran más bien de los *jefes*: unos contra otros, siempre había un pique, una cosina..., siempre, porque ¿quién es tu enemigo? Pues el que usa el mismo oficio. Si uno estaba llevando el café a un sitio que pagaba bien y te enterabas, pues a lo mejor ibas tú a ofrecérselo un par de pesetinas más barato, entonces ya quedaba aquel *ripio*,²² aquella cosa entre unos y otros, ¿No comprendes? Y cuando se metían en un bar y tenían dos vasos de vino de más era cuando se echaban en cara esas cosas, porque el vino es el más valiente de todos. No es que se chivaran unos de otros, es lo que te estaba diciendo. De ahí venía ese pique de unos con otros. Mi cuñado era muy amigo de hacer eso, era muy amigo de meterse en la vida de los demás; a mí me parecía mal y se lo dije.

[20] Silbido para avisar a los demás compañeros del peligro existente.

[21] Dinero para adquirir las mercancías de contrabando.

[22] Figurativo: escombros, desecho.

Yo tuve una moto: una BMW. Me costó diez mil pesetas en aquel tiempo, de segunda mano; no se veían muchas motos de esas por aquí. Una vez arrancaba yo con la moto y sentí que me llamaban desde el puesto de guardia: «¡Fulanito! ¡Fulanito! Vamos a echar la partida.» Sí, sí... ¡Ni partida ni leches! Arranqué, hice como que no le oí porque llevaba doce o catorce kilos de café encima. Otra vez fui a San Vicente con café en las aguaderas y a la entrada del pueblo me dio el alto la guardia civil, pero yo ni alto ni nada, no paré. «¡Que sea lo que dios quiera!» Avancé y cogí por la carretera de Salorino que estaba llena de baches, además, había llovido. ¡Qué *mojaera* cogí! ¡*Chahcho*! Pero tenía que ser así porque si te acoquinabas te morías de asco y de hambre y nadie te decía: «¡Qué buenos ojos tienes!» ¡Qué va! Luego la moto se la vendí a un primo mío porque yo me saqué el carné de coche.

A Juan de los Brezos lo conocí cuando yo era un chaval, mucho antes de casarme. Me casé en el cincuenta y cinco (1955) y para entonces ya teníamos tratos. En el cuarenta y ocho (1948) o en el cuarenta y nueve (1949) empecé a andar con él, yo y otro paisano que luego se marchó a trabajar a Francia. Estuvimos muchos años trabajando juntos en el contrabando; entonces todos éramos mochileros. Yo era el *guía* de la pandilla, pero era él el que iba delante; siempre era él el que iba delante de la cuadrilla hasta Cáceres. Juan tenía una hermana que se llamaba María, cuando íbamos a comprar pan ella nos lo iba a buscar a la panadería, nos traía dos o tres paninos. ¡Qué mujer más buena aquella! ¡Pobrecita! El marido era un hueso muy duro de pelar; eso nos contaba Juan muchas veces.

Íbamos en burro a Portugal; llevábamos: colacao, comino, ajos, bacalao..., para allá se llevaba toda esa *chusca*. Algunas veces íbamos cargados y volvíamos cargados pero otras veces íbamos cargados y volvíamos descargados, según. Cada vez que salías de casa te jugabas las habichuelas. Una noche iba yo para Montaña, a cargar, y me salió al paso un guardiña que se llamaba Manuel; yo iba con dos burros y me dijo que qué llevaba ahí, yo le dije que unos sacos de sulfatos; me dijo que me iba a llevar con los burros al puesto, pero no me llevó. Otra vez venía yo con una burrina cargada desde las Casas de la Duda y cuando miro para abajo veo un coche de guardia civil parado, entonces me di media vuelta y uno de los guardias empezó a pegar gritos para que me parara; me paré y me preguntó que qué llevaba ahí; le dije que unos sacos de nitrato para sembrar unas patatas. Me dijo que me iba a enterar con el cabo y yo le respondí que no me comería, el cabo; cuando llegué abajo le saludé: «¡Hombre, Valeriano!» Me dijo el cabo: «¿Qué llevas ahí, José?» Y le dije: «Llevo unos sacos de nitrato para sembrar unas patatas». Y el cabo: «¿Y eso, es que es más barato en Portugal?» Y yo: «Pues sí; además es que aquí no lo hay». Y el cabo: «¿Entonces por qué te has dado la vuelta ahí arriba?» Y yo: «Pues la verdad, me volví para no encararme con vosotros. ¡Qué sé yo!» Y me dijo el cabo: «Mira, ¿sabes qué he pensado? Pues que se te den las patatas buenas y ¡hala! ¡Márchate!» No me hicieron nada, pero aquel guardia... ¡Uf! Pensaba que me iba a comer. Yo siempre, gracias a Dios, me he llevado bien con todos ellos, con las autoridades; solo hubo uno que ya murió que estuvo aquí, en el Pino, con el padre que también era guardia. Se crio aquí, con nosotros; ese fue duro para nosotros y

también un cabo que estaba en la brigadilla,²³ en Valencia de Alcántara; ese luego ascendió y se jubiló de brigada. Yo un día le dije: «¡*Chahcho*! Mentira parece que ahora tengamos que estar aquí todos juntos para votar.» Y dijo él: «Sí, hombre, es que ahora todos nos parecemos». «Pues no sé en qué nos parecemos», dije yo. «¡Coño! En la nariz.», dijo él. Y yo le dije: «No. Porque tú la tienes mucho más larga que los demás por meterla donde no te importa.» Así se lo dije al guardia; aquel, cuando hablaba contigo, parecía que te estaba absorbiendo hasta el aliento. Es verdad, ya se murió. Había otros guardias que te cogían, te quitaban lo que tenías y te dejaban ir. «¡Hala, a buscar otra!» Y ahí se quedaba la cosa. Era gente muy caritativa. Pero había otros que parecía que te iban a comer y no iban a cagar nunca más en la vida.

Claro que hubo tratos con los guardias, pero eso fue luego, más tarde, cuando ya no había puesto de la guardia civil en el Pino y andaba una brigadilla sola; entonces tenías que tener contacto con ella. El trato era darles veinticinco o treinta kilos de café todos los meses para que ellos presentaran su servicio... Y ¡ya está!

Los amigos están casi todos por ahí fuera; otros ya han muerto. A algunos todavía los veo de vez en cuando por las Casiñas; ahora ya no, pero antes iba a jugar la partida con ellos y dejé de ir porque me dije: «Yo no me puedo permitir el lujo de venir aquí con el coche a tomar café y a echar la partida». El día que ganas, ganas, pero ¿y el día que pierdes? Pues tienes que pagar dos o tres cafés y la gasolina que gastas. Y me dije: «No, eso no es para mí; yo no tengo categoría para venir del Pino a echar la partida». Y dejé de ir. Pero ahí hay mucha gente, muchos amigos buenos que vinieron conmigo al contrabando.

Mi hermano ingresó en la guardia civil en el sesenta y siete (1967). Estábamos siempre *conchabaos*²⁴ el uno con el otro. Desde que ingresó en la guardia civil ya me quedé yo solo por aquí... y ¡qué sé yo! Es como cuando a una persona le quitas la confianza. ¡Mi hermano! ¡Siempre los dos juntos! Al final yo andaba solo siempre con el contrabando. Lo dejé cinco o seis años antes de jubilarme; por entonces, todavía estaba llevando unas mochilas para un lado y para otro, por aquí cerca. Cogía veinticinco o treinta kilinos de café y los iba a llevar unas veces a la Aceña, otras a las Huertas, otras veces a las Casiñas, a Alcorneo...; tenía confianza con todos ellos, iba y les brindaba el café, pero luego todo cambió.

Eso se acabó cuando metieron mano con la Comunidad Europea; ahí se acabó todo. Después ya no había gente y para lejos no ibas, ¿no comprendes? Yo me jubilé en el noventa y nueve (1999) y eso lo estuve haciendo hasta el noventa y cuatro (1994) o por ahí, más o menos. Cuando aflojó el contrabando me metí a vigilante de fuegos, en la Sierra Fría. Estuve ahí trabajando treinta y tantos años. Y en invierno, como no había fuegos, estaba de encargadillo, con las brigadas. Yo he tenido suerte, gracias a Dios. En el contrabando siempre estuve de guía; luego me metí ahí, de manijero. Dice mi mujer que soy muy bueno para mandar y yo

[23] Servicio de información de la Guardia Civil creado en 1941.

[24] Unidos, juntos, asociados.

le digo: «¡Hombre! Es que he tenido esa categoría.» Yo para mandar soy especial, ¿no comprendes?

*

La entrevista que sigue a continuación revive las peripecias vitales y profesionales de un portugués de São Julião radicado en Montinho, *freguesia* del distrito de Portalegre (Portugal). José Belinho fue pastor, mochilero, trabajador de la construcción, hortelano, ganadero...; pero sobre todo fue contrabandista autónomo y amigo de Juan de los Brezos, uno de los mayores patrones del contrabando en la frontera entre Extremadura y el Alto Alentejo. José Belinho vivió, en poco más de cincuenta años, la época más triste y la más floreciente del contrabando en la frontera; su rápida evolución con la llegada del contrabando motorizado, en el que también participó activamente, y su posterior extinción como consecuencia de la integración de España y de Portugal en la Unión Europea y de la posterior firma del Acuerdo de Schengen para suprimir los controles aduaneros internos. Su historia es una historia de esfuerzo denodado y de triunfo relativo frente al infortunio y las adversidades que emanaban de un contexto hostil y peligroso, gobernado durante más de cuarenta años ininterrumpidos por la dictadura de Salazar, del *Estado Novo*.²⁵ José Belinho falleció en la *freguesia* de São Julião el uno de julio de dos mil veintidós (2022). Su hijo Manuel y sus amigos le llevan siempre presente en su memoria. A continuación, les ofrecemos su testimonio vital para preservarlo como parte de la Memoria Social de la *Raya*.

ENTREVISTA A JOSÉ CARVALHO BELINHO



Fecha. 24 de julio de 2011
Entrevistado. José Carvalho Belinho
Edad del entrevistado. 78 años
Lugar de la entrevista. Montinho (San Julião, Portalegre, Portugal)
Entrevistador. Eusebio Medina

Fig. 4. José Carvalho Belinho. Fotografía del autor, 2011

Yo estuve guardando ganado en la frontera hasta los catorce años, luego comencé en el contrabando, acarreando mochilas de veinte, de veinticinco kilos para llevarlas a San Vicente de Alcántara. Hacía cuarenta kilómetros con la mochila a las costillas;

[25] El Estado Novo («Estado Nuevo» o «Nuevo Estado») es el nombre con el que se denomina a la dictadura autoritaria y corporativista de António de Oliveira Salazar, quien gobernó Portugal desde 1933 hasta la *Revolución de los Claveles* (1974).

así me fui ganando la vida hasta que me casé. Continué con el contrabando hasta que tuve cincuenta años, luego me retiré y más tarde volví otra vez, en total estuve unos cuarenta o cincuenta años dedicándome al contrabando. Fui mochilero por mi cuenta y también fui por cuenta de otros.

Primero fue el café, las pieles de ganado, de zorra... Yo compré muchas pieles de zorra en San Vicente de Alcántara para llevarlas a Lisboa y por ahí; luego más tarde fueron bananas, ajos, bacalao, tripas de vaca, hilos... Con todo se hacía contrabando, se pasaba de todo, pero lo más fuerte era el café. Había uno en Valencia de Alcántara que le llamábamos «el Rey del Bacalao» porque siempre tenía muy buen bacalao. La gente iba allí a comprar. Yo le compré mil kilos, después lo pasábamos a las costillas para Portugal y más tarde lo metíamos en coches y lo llevábamos a todas partes. También vendíamos peces, yo iba a buscar peces y los vendía en San Julião y mi mujer iba con una cesta a la cabeza y otra debajo del brazo, con sardinas, a venderlas en España. Hasta los carabineros del Pino le compraban porque allí no había sardinas y nuestro pescado era muy bueno. A los carabineros les gustaba que las portuguesas fueran vendiendo hasta allí.

Trabajé mucho para Juan de los Brezos. Había que hacer muchos sacrificios para criar a los hijos y aquello era duro. Trabajábamos de noche, a veces, cuando llegábamos al destino, aparecían los guardias, nos quitaban las cargas y teníamos que volvernos sin *perras* y sin la mercancía; eso nos pasó algunas veces. Cuando nos asaltaban casi siempre cogían algunas mochilas; las mochilas eran todas iguales, el único que llevaba casi siempre una más pequeña era el *guía* porque iba siempre el primero y si había un asalto tenía que correr para avisarnos del peligro, silbando.



Fig. 5. Vivienda tradicional en Montinho, Portugal. Fotografía del autor, 2011

La gente no llevaba armas, ¡nunca! Más tarde hubo algunos contrabandistas que ofrecieron resistencia a la autoridad, pero yo nunca fui de esos, a mí me fue bien siendo humilde. Éramos arrojados porque a la gente le costaba perder las mochilas y ellos, la primera palabra que te decían era: «¡Suéltala, ladrón!» Y te daban una pedrada o con un palo. Nosotros íbamos con artículos que habíamos pagado y nos llamaban ladrones, pero eran ellos los que tenían grabado en la frente el nombre de «ladrón»; en el gorro ponía «Guardia Fiscal», pero podría haber puesto igualmente «Gatuno Fardado».²⁶ Así era como les llamaba la gente: *gatunos fardados*.

Por Aliseda y por San Vicente fue por donde yo más trabajé; de Aliseda para arriba nunca pasé, pero había mochileros que iban hasta Cáceres. Los españoles también venían a buscar mercancías y cargaban aquí, en São Julião. Íbamos siempre en cordón, separados uno de otros por si salían los guardias, que no nos quitaran todas las cargas. Cuando pasábamos por un campo de cultivo era muy peligroso, la guardia civil nos seguía por el rastro que dejábamos y varias veces nos cogieron todas las mochilas que llevábamos. En algunas ocasiones nos llegamos a juntar en la frontera más de cuarenta hombres entre españoles y portugueses; estas cuadrillas se formaban cuando se juntaban varias de distintos *amos*, uno llevaba diez hombres, otro llevaba cinco... Se juntaban y por donde pasaba uno pasaban todos; solo llevaban un *guía*. En las cuadrillas grandes se ayudaban unos a otros, si uno perdía dos mochilas y otro una el que había perdido solo una ayudaba al que había perdido dos; a eso le llamaban la *lenta riscale*. Había *amos* que te trataban a reventar y algunos *guías* eran falsos, malos. Una vez íbamos once mochileros y el mismo *guía* fue a decirles a los carabineros por dónde íbamos a pasar; cogieron a ocho, solo nos escapamos tres.

A mí nunca me llevaron preso, pero a otros compañeros sí. Una vez íbamos a cruzar por el lado de Valencia de Alcántara, yo estaba de vigía, los otros durmiendo, y sentí unos pasos, los carabineros nos vieron, di un grito de alerta y huimos, pero cogieron a uno de los mochileros y le llevaron a la cárcel de Badajoz; ese era de mi edad, le tuvieron preso un año y cuando volvió vino lleno de piojos. Otra vez íbamos atravesando un camino y se nos echó encima un carabinero, yo hui por la parte de arriba, pero él corrió y agarró una mochila, puso su gorro y su capa encima de la mochila y siguió corriendo detrás de mí a ver si me cogía; mientras tanto, Juan de los Brezos fue hasta donde estaba tirada la mochila, quitó la capa y el gorro que tenía encima y se la llevó. El carabinero se quedó sin ninguna porque a mí no me agarró, luego nos mandaron llamar a los dos porque supieron que éramos nosotros. Y nos dijo el carabinero: «¡Ahora en vez de una mochila me tenéis que dar dos! Por la poca vergüenza de haberme robado la que tenía con el gorro encima.» Y nosotros, con el fin de que no hubiera mala voluntad, le dimos dos mochilas. Más tarde hicimos con ellos un acuerdo: les dábamos todos los meses una mochila y ellos nos dejaban pasar; así cumplían con su servicio y nosotros andábamos por la Sierra Fría a voluntad, porque después de pagar ya no nos hacían nada.

[26] Ladrón uniformado.

Los guardiñas vivían en el puesto que está un poco más arriba de la casa de Juan, ahí vivían, en el mismo pueblo. En esa casa de ahí estuvo alojado un guardiña, de alquiler, después de haberla comprado yo, pagándome una renta; no tenían casa para vivir y tenían que arrendarlas. En la taberna éramos todos iguales, nosotros les vigilábamos a ellos y ellos a nosotros. Había guardiñas buenos y malos, aquí vivía uno que era buena persona, cuando venían españoles a buscar jabón, azúcar, arroz... todas esas cosas, ese guardiña no les quitaba todo sino solo algo de lo que llevaran y les dejaba lo otro, pero había otros que se lo quitaban todo. Aquella gente venía llena de hambre, traían pocos *cuartos* porque no había, cuando llegaban ahí se lo quitaban todo y tenían que volverse a su casa sin perras, ¡sin nada! Los guardiñas eran peores que los carabineros; los carabineros, aunque se ponían a tirar tiros y más tiros, no eran tan malos como los guardiñas. Los guardiñas tenían muchos hijos, ganaban poco y hacían todo lo posible para llevarse algo para casa, muchas veces fue así, así se pasó. Fue un tiempo de vida triste, en esa altura, era triste; así fuimos tirando, entonces la vida era muy difícil. Mataron a un tío de mi mujer; venía de vuelta para Portugal con las *perras* de la venta del contrabando, le dieron el alto y huyó, le dispararon y le mataron; fue por la parte de San Vicente de Alcántara, ahí lo mataron. Antes, los carabineros preferían coger al contrabandista que a la mochila, tiraban incluso a matar porque querían apañar al reo vivo o muerto, pero luego más tarde ya no, más tarde la cosa cambió, luego España se puso mejor que Portugal.

Yo también llevé a algunos mochileros por mi cuenta, en eso yo arriesgaba porque cuando nos juntábamos varios, si yo perdía mis mochilas los otros me ayudaban a reponerlas y si ellos perdían las suyas les ayudaba yo.



Fig. 6: Vista de la Sierra Fría desde Portugal. Fotografía del autor, 2024

Los mochileros eran de por aquí cerca: de las Casiñas, de San Pedro, de las Huertas, del Pino... Unos venían hasta aquí para ganarse los cuartos y otros nos pagaban para que les llevásemos las mochilas al otro lado de la frontera y así, si perdían, solo perdían el porte. Los que venían de Albalá venían con caballos hasta Aliseda y cargaban allí, no venían hasta aquí, teníamos que ir nosotros a llevárselo a donde nos dijeran. La gente de noche no dormía, íbamos siempre andando, cuando se hacía de día nos refugiábamos en sitios escondidos y después, cuando se hacía de noche, nos íbamos marchando otra vez.

Una vez estábamos del otro lado y llevábamos merienda para un día y dos noches y por causa de la lluvia tuvimos que estar allí tres noches y dos días seguidos, nos faltó la comida y en aquel tiempo, en España, tampoco había; si nos acercábamos a un cortijo a pedir un cacho de pan, no nos lo daban porque España aún estaba muy mal, ¡no había! Como no paraba de llover nos fuimos de allí y llegamos al cortijo de don Lisardo, cerca de Alburquerque. ¿Sabes cómo dimos con él? Aullando como los lobos para provocar que los perros empezaran a ladrar, tan grande era la oscuridad. Cuando llegamos allí, nos quitamos toda la ropa y nos enterramos en paja, así pasamos el resto de la noche, enterrados en paja. Al otro día reiniciamos la marcha de regreso para Portugal y cuando llegamos llenos de hambre a la frontera, nos vimos negros para subir las barreras de la Sierra Fría porque el cuerpo ya no tenía fuerza. Se pasaron ratos malos, pero también había ratos buenos, cuando la gente escapaba veníamos alegres, cuando ganábamos, todos estábamos alegres. Entonces se ganaba muy poco, cuando yo empecé ganaba solo cuarenta escudos por carga, así que ya ve usted lo que la vida cambió.

Un año había engordado yo un cerdo para la matanza, en aquel mismo tiempo me quitaron dos mochilas seguidas y como no tenía cuartos para comprar otra le dije a la mujer: «Oye mira, vamos a vender el cerdo en vez de comerlo para comprar otra mochila». Y tuvimos suerte, porque estuvimos dos años sin que me apañaran ni una mochila. Más adelante, en ese tiempo ya había coches, llevaba yo treinta y ocho cajas de bananas en una furgoneta con una capota por encima, me mandó parar el cabo y me preguntó si llevaba algo en la carriña y le dije que no, que no llevaba nada, mientras metí la segunda y puse el pie en el embrague, cuando fue a mirar en el interior de la furgoneta solté el embrague y salí disparado; esa vez no me cogieron. Otra vez teníamos el bacalao en un *tinajo*²⁷ y los carabineros se enteraron, cuando fuimos a descargar estaban esperándonos, salimos huyendo con el coche...; el coche era mío, pero tuve que decir que me lo habían robado, luego, al cabo de un tiempo, fui a buscarlo a la Codosera porque los que se lo llevaron eran de allí. Ellos se quedaron con el bacalao y yo me traje el coche; esa vez tampoco pagamos nada. Y esto que te voy a contar ahora fue con Juan de los Brezos: teníamos un remolque de miel, era mucha miel, dos o tres mil kilos, un guardiña pasó al lado de donde estaba escondida, pero no la vio; ese iba al encuentro que hacían con los carabineros en las Casas de la Duda; entonces aprovechamos para ir a por la miel con dos tractores y cargamos todas las cajas y las latas aprovechando que los

[27] Tinado: cobertizo para el ganado.

guardiñas estaban reunidos con los carabineros; de aquella también nos escapamos por un tris. Otra vez veníamos de Esperança con máquinas de juegos, nosotros nunca pasábamos las máquinas completas por si nos las apañaban, como ya nos pasó una vez; aquellas máquinas tenían un valor grande, pero incompletas no valían nada. Íbamos luego a buscar las pesas, los hilos, los carrazones... Solo pasábamos una sola pieza cada vez, para que no tuviera ningún valor, ¿comprende? También había uno de Santo Antonio que pasaba zapatos y muchas otras cosas de España para acá y cuando traía zapatos eran todos del pie derecho, del pie izquierdo no los traía; luego, cuando pasaba los zapatos del pie izquierdo, si no le cogían, los juntaba con los zapatos del pie derecho. Así era muchas veces el contrabando, había que tener cierta astucia para pasar. Aquel era contrabando en gordo, de primera clase. Nosotros no podíamos hacer lo mismo porque a las costillas ¿qué salvabas a las costillas? La gente ¿qué podía llevar a cuestras: veinte o treinta kilos? Cuando llegaron los coches, entonces llevábamos mil o dos mil kilos, pero el contrabando de aquí casi todo ha sido siempre *a las costas*.

Otra vez íbamos con una carga de bananas y de ajos y la guardia portuguesa nos paró; aquella era una mala situación porque si nos cogían nos procesaban, perdíamos el vehículo y nos quitaban la mercancía. Yo iba con mi hijo y con el dueño del camión y les dije: «Déjenme hablar a mí. Ustedes no digan nada.» Y empecé a lamentarme: «Comprenda usted que este hombre necesita el camión para ganarse la vida... Ya sabemos que todo está perdido, pero si el agente aceptara quince o veinte mil escudos y nos dejara irnos a trabajar otra vez... ¡Pero hombre, usted no sería capaz de matar a nadie...!» Les decía yo... Les dimos veinte mil escudos y nos quedamos con todo: libres. Eso nos ocurrió a finales de los setenta (1970) o principios de los ochenta (1980), luego, ¿sabes lo que pasó? Pues que los guardias nos persiguieron para ver si les dábamos más dinero.



Fig. 7: Freguesia de São Julião (Portugal). Fotografía del autor, 2024

Más tarde me fui a trabajar a España porque aquí se ganaba muy poco. Ya tenía yo cuarenta años. Me fui porque allí ganaba ciento treinta escudos al día y aquí ganaba sólo veinte, era una diferencia muy grande, así que me saqué el pasaporte y me fui para allá a trabajar, cerca de Figueras; allí estuve trabajando en la construcción de un túnel para abastecer de agua a Gerona, era un túnel muy grande. Los portugueses que íbamos a trabajar a España hacíamos muchas horas extraordinarias porque nos las pagaban más caras; yo, en el poco tiempo que estuve, ahorré unos miles de pesetas, luego volví y me establecí por aquí, arrendé una finca y seguí trabajando en el contrabando; otros se fueron para Badajoz a trabajar en los regadíos.

Cuando dejé el contrabando, alquilé una finca cerca de donde vive mi hijo y allí estuve unos pocos años, luego compré esta finca donde estamos y otra un poco más arriba; me vine a vivir aquí y le cedí la otra finca a mi hijo. Pude comprar estas fincas gracias al contrabando porque del trabajo a jornal se saca poco; también tuve un poco de suerte. Hoy yo no volvería al contrabando; hay que olvidar el tiempo ese, hay que olvidarlo porque era el tiempo de la miseria. La gente quería, pero no tenía. Hoy la vida solo está mala para el que no quiere trabajar. Yo tengo sembrado un huerto y no vendo nada, eso es todo para regalar. ¿Por qué? Pues porque me gusta trabajar. El contrabando se terminó cuando entramos en la Comunidad Europea, cuando dejaron libre la frontera acabó el contrabando. Ya no hay «contrabando a las costillas», eso ya se acabó aquí para nosotros, pero no para los «peces gordos» porque esos continúan haciendo hoy contrabando.

BIBLIOGRAFÍA

- BALLESTEROS DONCEL, Antonio (1971): *Los mochileros*. Badajoz: Servicio de Publicaciones de la Diputación de Badajoz.
- CABANAS, Antonio (2006): *Carregos. Contrabando na raia central ibérica*. Lisboa: Artemágica.
- CUNHA, Luís (2006): *Memória Social em Campomaior. Usos e Percursos da Fronteira*. Lisboa: Publicaciones Dom Quixote.
- CUNHA, Luís (2009): «Memórias da fronteira: o contrabando como explicação do mundo». En: Freire, Dulce *et al* (coords.): *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 289-307.
- FONSECA, Inês y FREIRE, Dulce (2009): «O contrabandista, já se sabe, era da oposição. Discursos em torno do contrabando». En: Freire, Dulce *et al* (coords.): *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 219-253.
- GODINHO, Paula (1995): «O contrabando como estratégia integrada nas aldeias da raia transmontana». *A Trabe de Ouro*, v. 2, n.º 6, pp. 209-222.
- GODINHO, Paula (2004): «“Maquisards” ou “atracadores”? A propósito das revisões da História no caso de Cambedo da Raia, 1946». En: *O Cambedo da*

- Raia – Solidariedade galego-portuguesa silenciada*. Ourense: Asociación Amigos da Republica, pp. 157-227.
- GODINHO, Paula (2011): «*Oír o galo cantar dúas veces*». *Identificacións locais, culturas das marxes e construción de nacións na fronteira entre Portugal e Galicia*. Ourense: Imprenta da Deputación.
- HINOJOSA MONTALVO, José (1998): «El comercio en la Península Ibérica en los siglos bajo medievales». *II Estudios de Frontera. Actividad y Vida en la frontera*. Jaén: Diputación Provincial de Jaén, pp. 385-413.
- LANERO, Daniel *et al* (2009): «La raia galaico-portuguesa en tiempos convulsos. Nuevas interpretaciones sobre el control político y la cultura de frontera en las dictaduras ibéricas (1936-1945)». En: Freire, Dulce *et al* (coords.), *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 57-87.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo (1994): «Antropología de la Frontera». *Revista de Antropología Social*, n.º 3, pp. 75-103.
- MEDINA, Eusebio (1998): «El contrabando de postguerra en la frontera hispano-lusa». *Revista de Extremadura*, 26 (segunda época), pp. 153-166.
- MEDINA, Eusebio (2001): *Contrabando en la frontera de Portugal: orígenes, estructuras, conflicto y cambio social*. Tesis doctoral en la Universidad Complutense de Madrid. Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense. <http://eprints.ucm.es/tesis/cps/ucm-t25310.pdf>
- MEDINA, Eusebio (2003): *Contrabando en la raya de Portugal*. Cáceres: Institución Cultural El Brocense/Diputación Provincial de Cáceres.
- MEDINA, Eusebio (2004): «Autarquía y racionamiento. El mercado negro a finales de los años cuarenta». *Cuadernos de Investigación Histórica*, n.º 21, pp. 427-434.
- MEDINA, Eusebio (2006): «Historias de la Raya. Antonia la Lirina y Joaquín José Ramalho, alias “el Lagarto”». *Revista de Estudios Extremeños*, v. 62, n.º 3, Badajoz: Servicio de Publicaciones de la Diputación de Badajoz, pp. 971-1009.
- MEDINA, Eusebio (2009): «Orígenes, características y transformación del contrabando tradicional en la frontera de Extremadura con Portugal». En: Freire, Dulce *et al* (coords.): *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 131-163.
- MELÓN JIMÉNEZ, Miguel Ángel (1999): *Hacienda, comercio y contrabando en la frontera con Portugal*. Cáceres: Ficón.
- PINTADO, Antonio y BARRENECHEA, Eduardo (1972): *La Raya de Portugal. La frontera del subdesarrollo*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- ROVISCO, Eduarda (2009): «“La empresa más grande que tenía el gobierno portugués y el español era el contrabando”. Prácticas e discursos sobre contrabando na raia do concelho de Idanha a Nova». En: Freire, Dulce *et al* (coords.): *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 89-129.
- ROVISCO, Eduarda (2011): «Fronteira e turismo no “concelho mais português de portugal”». *Geopolítica(s)*, n.º 2(1), pp. 91-107.

- SCOTT, James (1985): *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- SILVA, Luís (2009): «A patrimonialização e a turistificação do contrabando». En: Freire, Dulce *et al* (coords.): *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 255-287.
- SIMÕES, Maria Antúnez Dulce (2009): «O contrabando em Barrancos: memórias de um tempo de guerra». En: Freire, Dulce *et al* (coords.): *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 165-195.
- THOMPSON, Edward P. (1995): *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- URIARTE LÓPEZ, Luís María (1994): *La Codosera: culturas de frontera y fronteras culturales en la raya luso-extremeña*. Mérida: Asamblea de Extremadura.
- VALCUENDE, José María (1998): *Fronteras, territorios e identificaciones colectivas. Interacción social, discursos políticos y procesos de identificación en la frontera sur hispano portuguesa*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- VALCUENDE, José María y CÁCERES, Rafael (2009): «Viviendo de la frontera: redes sociales y significación simbólica del contrabando». En: Freire, Dulce *et al* (coords.): *Contrabando na fronteira luso-espanhola. Práticas, memórias e patrimónios*. Lisboa: Nelson de Matos, pp. 197-218.

